

## EL SECRETO MÁGICO DEL ABUELO

Elisa permanecía de pie junto a aquella gran ventana, tal vez no era tan grande como pensaba, pero cuando se tienen cinco años todo a nuestro alrededor suele cobrar otro tamaño. Apoyaba sus pequeñas manos en los cristales helados y empañados intentando tocar las gotas de lluvia que se deslizaban al otro lado. Mientras, su abuela entraba y salía de la cocina pretendiendo aparentar normalidad, seguida por el aroma a sopa de pollo y verduras que inundaba la estancia mientras el tic tac melancólico de un reloj susurraba desde lo alto de la estantería de la chimenea. Faltaban apenas diez minutos para las ocho de la noche, hora en la que habitualmente llegaban los padres de la niña. Apolonia sabía que ni su hija ni su yerno volverían a traspasar aquella puerta jamás. En cambio, pensaba que la pobre Elisa pasaba casi toda la tarde esperando que el ruido del motor del coche de sus padres, anunciase que ya estaban en casa.

La mujer se acercó a su nieta, y aunque tenía las manos limpias las restregó caprichosamente en su blanco delantal antes de posarlas sobre la cabeza de la pequeña. La niña, al notar la caricia, se giró sorprendida mirándola a los ojos y sonrió apoyando la cabeza en una de las caderas de su abuela.

- ¿Qué miras con tanto interés?- La voz de Apolonia sonó entrecortada.

- Estoy esperando que caiga una estrella- Contestó Elisa con seguridad

Y aunque sabía muy bien el motivo por el cual los niños esperan que eso suceda, disimuló unas lagrimillas furtivas que le empañaban la vista y siguió hablando con la pequeña, la cual le contó que quería pedir un deseo y que esperaría junto a la ventana hasta que alguna “se desenganchase” del cielo.

- Yaya, sé que mis papis están en el cielo, y que de allí sólo pueden venir las gotas de lluvia y las estrellitas mágicas.

Apolonia abrió los ojos sorprendida por lo que acababa de decir su nieta, quiso hablarle, pero el nudo que tenía en la garganta se lo impedía y su voz quedó ahogada. Desde el sillón junto al hogar, Rafael suspiró apesadumbrado apretando los labios. La niña siguió hablando con soltura y dijo que su profesora le había explicado que no se pueden pedir “deseos difíciles” a las estrellas ya que al no poder concederlos se ponen muy tristes.

-Así que tu maestra te ha contado eso- Rafael intentaba que su nieta no se percatase de que Apolonia estaba llorando. Así que distrajo a la pequeña diciéndole que se acercase a su lado para contarle un secreto que nadie podría oír.

-¿Ni la abuela?- Sonrió Elisa mientras se acercaba a él.

-Ni la abuela. Además ¿Tú no sabes que cuando llueve no pueden verse las estrellas de los deseos?

La leña crepitaba al quemarse, por un segundo Rafael se abstrajo mirando las llamas amarillas y naranjas que iluminaban la estancia.

-Ven, vamos a usar un mixto mágico.

-¿Qué es un mixto abuelo?

Rafael sonrió al tiempo que se levantaba de su asiento, se agachó con cierta dificultad y se puso de rodillas junto a la chimenea. Golpeó uno de los zócalos de la pared que se desprendió con suma facilidad y sacó una pequeña caja metálica de fósforos después pidió a su nieta que fuese a buscar papel y lápiz. Cuando Elisa llevó lo que le había pedido su abuelo, éste le narró una historia.

-Hace mucho tiempo uno de mis hermanos se puso enfermo y los médicos dijeron que no había cura y moriría. Pero un padre nunca se rinde, y el mío no pensaba abandonar tan rápido. Una noche totalmente desesperado acudió a una vieja curandera del pueblo a la que todos criticaban. La mujer accedió a venir a casa con una condición. Pidió que todos los que vivíamos allí estuviésemos durmiendo cuando ella llegara, todos menos el menor de la familia. Mi madre temía que nos robase, pero el dolor y la fe pudieron más que la suspicacia. Fue por eso que aquel día tuve el privilegio de conocer a aquella extraña mujer. Se acercó a mí que la esperaba junto a la puerta y me susurró: “Sólo el corazón de un niño tiene la pureza suficiente para escribir una carta al fuego”. Entonces me explicó que debía escribir mi deseo en un papel y después quemarlo con una cerilla mágica. Así lo hice y una semana después para sorpresa de todos, incluidos los médicos, mi hermano estaba totalmente curado. Guardé la cajita como un gran tesoro, por si alguna vez volvía a necesitar utilizar la magia de aquellos fósforos tan especiales.

-¿Cuántos has gastado?- Preguntó muy intrigada Elisa.

-Tres. La curandera me había dicho que perderían su magia si no las usaba un niño menor de diez años.

Rafael alargó la mano y entregó a su nieta la cajita, Elisa la miró con entusiasmo y se apresuró a guardarla en uno de los bolsillos de su pantalón.

En ese momento Apolonia los llamó para que se acercaran a la mesa, los platos de humeante sopa recién hecha estaban listos, junto a ellos unos pequeños panecillos tostados descansaban al lado de un trozo de queso cada uno. La niña estaba tan inquieta que comió apresuradamente bajo la atenta mirada de sus abuelos. Después mientras ellos degustaban un poco de fruta del tiempo, Elisa pidió permiso para saltarse el postre y se sentó en el sofá. Estaba tan atareada que ni siquiera se dio cuenta de que su abuelo se había sentado en su sillón y mientras se comía una manzana leía lo que ella estaba escribiendo con tanta concentración. El hombre sonrió cuando su nieta dobló el papel y le pidió permiso para encender la cerilla. Aquellos mixtos eran como los que él usaba cuando era joven, bastaba frotarlos contra cualquier cosa rugosa para que se encendiesen.

- Tienes que encenderlo tú- Susurró a su nieta.

Entonces Elisa sacó la cajita metálica y la abrió muy despacio, daba la sensación de que la niña tenía miedo de romperla, cogió con cuidado una de las cerillas y la mostró a Rafael.

- Ahora tienes que restregarla contra el lateral.

El fósforo rojo parecía brillar, Elisa pasó la cabeza de la cerilla por donde su abuelo le había indicado y acto seguido se oyó la pequeña explosión característica que dio lugar a una voluta de humo azufrado. La pequeña contenía la respiración, acercó suavemente la llama al trozo de papel que su abuelo sostenía y lo prendió por un extremo. La hoja se oscureció y se retorció sobre sí misma convirtiéndose rápidamente en cenizas que fueron cayendo al suelo, cuando la última hubo caído, Elisa desapareció.

Apolonia que conocía el secreto de su marido, había estado observando el ritual disimuladamente desde la cocina, pero cuando vio lo que ocurría no pudo contenerse y gritó:

-¡Dios mío Rafael! ¿Qué ha pedido esa chiquilla? ¿Lo leíste?- La mujer se llevó las manos a la cabeza.

-Quiere pasar un día con sus padres, no te preocupes, mañana a estas horas estará aquí para la cena.